

POETICA DE LA ETNOGRAFIA

J.N. Auzias

1.- Sobre el terreno

A menudo, al comienzo del siglo, muchos se hacían viajeros después de la lectura de los viajeros. Del mismo modo, muchos pueden hacerse antropólogos después de leer los clásicos de la práctica sobre el terreno. No podríamos decir demasiado cuánto importa gozar esta experiencia para hacerla nuestra. Lejos de nosotros la idea de condenar el libro en provecho de la práctica. En primer lugar porque el otro es también el otro etnólogo y porque la vigilancia epistemológica no consiste en ejecutar al colega sino en pedirle lecciones. Sobre todo si éste transmite su experiencia con una escritura que hace de su obra un texto.

Lévi-Strauss, en "Tristes Trópicos", con su estilo de matices, medias tintas, nostalgias de ser aquí, melancolías crepusculares o rigores intelectuales tomando valientemente el relevo de una desesperanza apenas disimulada, nos presenta una invitación al viaje que no logra descorazonar el odio que nos promete ("Odio los viajes y a los viajeros"). El libro lo pone a uno en estado, como un ejercicio espiritual o un entrenamiento atlético. Leemos el libro de un poeta-etnólogo, el de Roger Leenhardt, Do Kamo (1), o bien los libros de uno de los señores de la etnología, Marcel Griaule, y asimismo los de un poeta-arqueólogo, sinólogo como Víctor Segalen (2). Y reservo para el final el más bello de todos quizás, el libro de Paul Gauguin y Charles Morice, Noa-Noa.(3).

Estos libros harán del lector otro hombre

Si su acento permanece inolvidable es porque sus autores han renunciado a publicar el diario de trabajo que concierne ante todo al espacialista. Todo etnólogo tiene el suyo, pero no arrastra al lector al mundo etnológico. Los diarios de viaje son sin embargo muy preciosos si se los adecua con un comentario etnológico (4)

que señale lo antiguo, el prejuicio y lo nuevo que jalone los descubrimientos y muestre las vías abiertas.

Si se lee por ejemplo "Los esclavizadores de hombres" de Marcel Griaule, uno se siente chocado por las costumbres coloniales de este etnólogo, azotando a sus cargadores que, cada mañana, van a besar la mano del amo.

Hay que seguir adelante cueste lo que cueste, ser los primeros, como en la luna. Griaule llega a una aldea con 30 mulas, cargadores, una cantina, bastante sumaria, por otra parte, pero hay que imaginárselo. Aparece como un príncipe inclasificable, ornado con el prestigio de la fuerza de los blancos. No vale la pena pensar en la perturbación que su llegada produce en la aldea. Estamos hacia 1930. Griaule va a cambiar, a criticarse. Cambiará porque Europa pondrá considerables medios a disposición de sus sabios. La excursión negra abre la era de la etnología técnica, después el etnólogo -Griaule mismo- con la ayuda de las bases metropolitanas, en un país ya en adelante mejor conocido, podrá adentrarse en la sociedad y hacer amistades. Griaule pagará -con diecisiete años de campañas- las revelaciones sublimes de Dios de agua.

Los medios modernos han relativamente democratizado la intervención del etnólogo. En un universo aldeano, donde perduran aún las formas feudales, el etnólogo apelaba todavía a la servidumbre, portadores, etc. En el universo capitalista se toma contacto pagando. En agadés le pregunté a un magnífico hawsa dónde se encontraba un targui a quien debía encontrar. Me pidió 100 francos. En pleno desierto...

Ahora el etnólogo debe ser paciente para tomar contacto. Clásicamente, llega a Land-Rover, saluda al jefe, se le da una choza y se le alquilan informantes. El jefe convoca a todo el mundo, a los notables en primer término, para la palabrería con el antropólogo. Enseguida se establece el contacto. Entonces se sacan los grabadores, los ficheros, y por último las cámaras filmadoras. A esta altura ya el pueblo ha tomado conciencia del interés por

ciertas cosas. Entonces las vende. Pero si un etnólogo en competencia les revela las ganancias que puede producir una película, el precio sube.

Un proceso reciente puso en evidencia este problema, pero no hay nada de sórdido en el regateo a que dio lugar. No nos equivocaremos cuando decimos que actualmente la clave de todos los trabajos que nos revelan otro mundo se encuentra en la palabra "regalo", que los niños de Niamey hacían sonar en mis oídos a cada paso. El despliegue del fasto militar feudal ha cedido el paso a la gadgetización industrial. Por criticable que sea, este tipo de incursión ya no exige el estilo de presencia agresiva. Insinuante, astuto, dialogante, el antropólogo sobre el terreno mediatiza las oposiciones de culturas por un tipo de cambio más abierto.

Sin embargo, no imaginamos al etnólogo antiguo como un ángel negro del Apocalipsis colonial. En realidad está tironeado por la contradicción -creadora- entre la práctica colonial de un mundo global y su práctica teórica de la cual ya hemos evocado algunos trazos ideológicos. Ya Marcel Griaule en "Los esclavizadores de hombres" (5) presentía, con su maestro Marcel Mauss, toda la fuerza de impugnación, la destrucción del etnocentrismo, la restauración de otra humanidad que dejan presagiar encuentros como el del Ras Haïlu proclamando:

"Yo no temo a nadie. Si mañana muero seré roído por la tierra. Esto es igual para todos y no temo a nadie. Soy fuerte por mí mismo y por mi ejército. Mis depósitos están llenos de armas nuevas que llevo a vuestro campo para mostrároslas. Pero sabed bien que en el fondo de mi corazón hay gran certidumbre: la fuerza de mi reino no reside sólo en mis armas. Mi más hermosa ametralladora es mi arado, que manejo el día inicial de la rotura, cuando doy a mi pueblo la señal del trabajo en los campos y marco por el surco la propiedad eminente del Príncipe o los bienes inmuebles. Mi corona real es el císculo que traza sobre mi cabeza el látigo de labor".

Más allá de su evidente feudalismo, más allá de sus declaraciones, que más bien parecen destinadas a otros que a Griaule, esta proclama puede ser interpretada como lo que ahora dicen los pueblos al etnólogo. Tales son las sorpresas, en ese entonces raras, ahora cotidianas, que el antropólogo se regala. En la experiencia sobre el terreno debe, pues, consagrarse a percibir las diferencias y las afinidades, los modelos y las estructuras, así como también lo que es accidental. El Manual de Mauss, la Etnología General de la Pléiade (6) nos enseñan hoy que la etnología es una profesión.

La profesión de etnólogo

Antes se podía ser un etnólogo aficionado. Esto es, en efecto, lo que nosotros hacemos aquí: trabajo de diletante que ha llegado a convertirse en nuestra principal tarea, sin ignorar que no somos de la corporación. En realidad, la antropología se emparenta ante todo con la arqueología. Mensurar su terreno, determinar las capas, diferenciarlas, pasarlas por la criba, por el tamiz, hasta hacer surgir la idea como una estatuilla de las Cíclades, fotografiar el entorno, indicar la escala, tales son las técnicas que emplean tanto la una como la otra.

El etnólogo no mira su terreno como un predio de caza sino como un jardín a cultivar con cuidado, un lugar humano que corre el riesgo de ser alterado por su incursión. Los artículos, las memorias, las comunicaciones son simplemente fichas del jardinero: "Atención, lugar sembrado". Se dispone de catálogos, de anuarios (Museo del Hombre, Escuela Práctica de Altos Estudios, Colegio de Francia, Universidades). Es posible dirigirse a estos organismos que tienen el mérito, aparte de su alta competencia, de poder indicarnos el estado de una cuestión. Son organismos públicos. Si alguien se siente con ánimo de innovar en ciencias humanas no debe imaginar que se llega a ser una Jean Monod o un Jaulin sin haber practicado las disciplinas preliminares. Hay que ejercitarse en estas disciplinas. Se comienza por la monografía, que sólo

después se critica. Un buen etnólogo es capaz de preparar una monografía con sólo tres semanas de estancia en una aldea de la Costa de Marfil (7). La miopía no es la condición apropiada para que la monografía sea sometida a un trabajo de equipo, a una crítica epistemológica. Hay que mirar lejos para poder describir la aldea próxima. Pocos trabajos antiguos alcanzan la amplitud y el rigor de la tesis de Emmanuel Terray (8), que en este sentido es un modelo del género. Así la antropología es un oficio que exige tanta reflexión como sentido de observación y en el que todo, en todo momento, debe plantear interrogantes al investigador.

El antropólogo pone en práctica la máxima de Aristóteles: "La ciencia comienza con lo sorprendente" y, en una forma más actual, la recomendación de Bertold Brecht (en "La excepción y la regla"):

"Jamás digas esto es natural... detrás de la regla adivinad la excepción..."

Este sería el momento de comenzar nuestras preguntas acerca de lo no dicho del trabajo antropológico. El problema de la vida de un equipo, las relaciones de autoridad, la cooperación (¿quién lleva la vajilla?), el vínculo entre el trabajo científico y la vida a la cual, poco a poco, el equipo se ve mezclado, el enorme vacío que el pueblo que lo acoge va a ahondar, más allá de las manifestaciones de afecto, la desesperación de una espera infinita, donde nada ocurre, o bien la brutalidad del ataque con informantes y además el tiempo que se pierde, las disensiones internas, la redistribución por parejas y por afinidades, la exasperación de la contención sexual, y la mirada de la comunidad fija día y noche sobre todos, la sollicitación incesante de los vendedores, de los niños, de los mendigos, de quienes traen clandestinamente un folleto de propaganda política, de los que están pagados para vigilarlo a uno, de quienes necesitan nuestros servicios, etc.

Un equipo parte a trabajar sobre el terreno, con un conocimiento de la literatura atingente y una problemática, y luego todo esto

corre el riesgo de resultar inútil. Además, actualmente se ha llegado a un punto en que los africanos, por ejemplo, están saturados.

De ahí la tendencia, bien manifiesta ahora, de pedir informes sobre la misión. En los Estados Unidos, y por consecuencia en una gran parte de América, no se exige justificar la identidad, las funciones y las misiones. En el mundo "subdesarrollado", en cambio, prefieren que uno se halle en misión, provisto de papeles oficiales. En la Costa de Marfil, por ejemplo, no se tiene, oficialmente, el derecho de hacer trabajos antropológicos si uno no está munido de una "orden de misión" del Ministerio de Educación.

La burocracia, heredera de nuestras costumbres, no sabe qué inventar para justificar su importancia, o para hacer un servicio, o para que escupáis en las salivaderas, y esto en todas partes. El occidental se siente desorientado y se creería en el Barrio Latino lleno de ángeles protectores y amenazantes. En realidad las cosas son más simples: la tradicional civilización africana coexiste con ese reino de la ley que, si tiene límites entre nosotros, donde todo lo que no está expresamente prohibido está permitido, es mucho más vago en países a los cuales hemos impuesto, al abandonarlos, cuadros administrativos inadaptados. De ello resultan equívocos, misterios, amarguras e incomunicaciones extrañas. Los mismos agentes de policía que lo molestan a uno en la ciudad, se le presentan a uno en el campo como compañeros deliciosos, hospitalarios, elocuentes, eruditos y amables.

Un funcionario a quien sus vicios acabaron finalmente por hacerlo echar del centro de poder, se presenta, ebrio e hilarante, como un extraordinario informante, un compañero de gira pintoresco, ubuesco y falstasiano, pero particularmente precioso para el aficionado a personalidades fuera de la vulgar.

Todo esto es lo que circunda al trabajo. El saberlo ilumina con extraños resplandores esos hermosos trabajos bien elaborados, que nos dan la impresión de que el etnólogo ha sido visitado sobre el terreno por una gracia permanente, por un Espíritu que lo ha elegido, como si en cada aldea lo esperaran con esquemas estructurales ya listos.

Si se quiere tener una idea del verdadero trabajo sobre el terreno, hay un libro honesto, sincero y bien escrito, que puede proporcionarnos una muy buena clave: la obra de Georges Condominas "L'exotisme est quotidien" (9). Desde los confines del mundo chino y del mundo indio, entre los primeros indochinos (los proto-indochinos) Georges Condominas nos ofrece una experiencia típica. Lector ávido, después de haber encontrado a Leroi-Gouhan y el marxismo, viaja de Hanoi a París y obtiene una misión. Regresa a Indochina y desembarca sobre el "pre-terreno". La expresión designa el medio colonial que acoge a todo el que llega. De inmediato uno es atrapado por ese medio que enseguida tiene juicios definitivos sobre aquellos que vamos a estudiar.

"Opiniones provenientes de gente práctica a quienes se supone haber conocido personalmente... unos juicios que se reducen a estereotipos inspirados por los intereses del grupo que los formula."
(10)

Después del estudio previo de las etnias, en el que Condominas tiene oportunidad de aprovechar un conocimiento anterior que había creído inútil, el etnólogo podrá levar anclas y navegar en el mar de la lingüística. Dejarse encantar por una lengua desconocida (11) es el primer deber del etnólogo. La lengua poco a poco se estructura y Condominas no tardará en soñar en esa lengua. Establece su campamento base en Ban-Mé Thot, en país Mnong Gar. Escribe, pinta, practica un acercamiento pluridisciplinario. Obligado a estar solo consigo mismo, Condominas estudia entonces la casa, los objetos, vuelve sobre lo que había estudiado incompletamente. Las gentes comenzaron a interesarse por él.

"Heme aquí elemento de exotismo, ahora me toca a mí ser el per-sa". (12) Se pasa entonces de un exotismo recíproco a una familiaridad recíproca. Se habla, se bebe, se come, se duerme. Se toman notas antes de acostarse, si se puede. Pero siempre deben tomarse notas (lo que es mucho menos perturbador que el grabador) cuando se canta, cuando se encuentran las genealogías o se explica la manera de contraer matrimonio. No hay que perder nada.

También es necesario saber invitar. El etnólogo no debe parasitar las poblaciones. Ya el hecho de absorber su cultura para incorporarla a la suya es algo que crea problemas. Pero si además el etnólogo mendiga, será muy mal visto y, al contrario, sus gestos de cortesía serán largamente comentados. (13)

Condominas puede ahora descender al microcosmos. (14). Estidiará la aldea de Sarkuk, una comunidad bastante cerrada pero que ha llegado a ciertos momentos críticos en su adaptación al mundo moderno. Así, tradición y modernización polarizarán en adelante, durante muchas décadas, el trabajo de los etnólogos. Trabajo que consiste en mesurar el microcosmos, en "cronometrar todo" (p. 245). Esta medición, que es el signo mismo de lo científico, acompaña el estudio de los detalles. "La vida profunda de los hombres, su carácter, el mundo íntimo de cada uno, se revelan por la acumulación de esos detalles ínfimos y de esas palabras perdidas a las cuales no se otorga ninguna importancia. El ritmo cotidiano del trabajo es roto por la fiesta.

A veces el etnólogo encuentra uno de esos hombres admirables cuya presencia transmite toda una cultura. Tal es Krong el Conciso, "más instalado en la vida que en el conocimiento". Para él la fiesta se prolonga en alegría de espíritu. Y poco a poco el etnólogo traza esos cuadros de tipos humanos, el hombre sagrado, la clase social de los "fuertes". Y todos resultan, al fin, informantes, repiten sus cantos primitivos, su Ilíada y sus Eddas. Y el lector, último eslabón de la cadena fraternal que liga su sociedad a la nuestra, participa también de esos cantos -y sólo en este plano- por la sola virtud de la etnología. La aventura, toma

luego otras dimensiones, el tiempo del etnólogo se torna subjetivo, él se despersonaliza. Condominas se convierte en Yao y le construyen su casa, de la cual guardará siempre el recuerdo a pesar de algún tigre visitante. Así lo exótico se ha hecho cotidiano.

El análisis de ese cotidiano se instala en el corazón de la cultura crítica moderna. Después de desplegar sobre el terreno cualidades consagradas por entero al servicio del detalle, ahora oral, Condominas aporta su contribución a una "crítica de la vida cotidiana",preciada por quienes leen a Henri Lefebvre y Roland Barthes, cuidadosos como el autor de Mitologías de mostrar lo que nuestra sociedad calla. Hacer hablar a los proto-indochinos es hacernos familiar su exotismo, así como "hacer hablar" con Barthes, las multitudes del catch o del Salón del Automóvil, es revelarnos a nosotros mismos las formas de la nuestro cotidiano, cada vez más exótico.

2.- Exotismo y autenticidad

La crítica teórica del exotismo, de sus encantos fáciles y de la mirada "sucias" que el mismo exige (veáse Sartre) ha sido hecha y rehecha muchas veces. La antropología se quiere teórica, sistemática y objetiva. Pero el antropólogo actual rara vez confiesa que la fuente de donde extrae el valor de partir, de permanecer, de regresar y escribir, es el exotismo. El siglo XIX lo proclamaba como un valor.

Descubrir las costas del Sahara español, en medio de una inmensa nube de peces voladores que se eleva sobre las ondas, dejarse arrullar por el ron-ron de la chalupa al cruzar el brazo de mar que es el estuario de la Casamance, mirar las barcas de Port-Bouët balanceadas por las olas y a los pescadores, con un ritmo pausado, recoger las redes donde se agitan enormes barrancudas, ver el fuerte holandés y la casa de los esclavos en Corea,

descubrir las viejas mansiones coloniales de Grand Bassam, estar en Bamako bajo el follaje de un mango poblado de "vampiros" (grandes murciélagos), mientras cae la lluvia de verano, o pasar una noche en Tunot cuando bajo el cielo del desierto se encienden los fuegos de los tuaregs que os invitan a compartir el té de menta; ¡vamos, vamos, así sí que el viaje vale la pena!

El exotismo es la contr-experiencia de la sistematización antropológica. Al partir, el antropólogo corta todas las amarras. No mira hacia atrás una vez que emprende el viaje. De ahí en adelante, también su misma casa es lo exótico. Después de su primer viaje el antropólogo ya no es más de aquí. Y sin embargo retorna para hacer participar de su experiencia a los otros que, luego de haberlo leído, se sentirán un poco más extraños ante sus propios ojos, ante su propio etnocentrismo.

Pero hay otras formas de contacto con el otro, con lo distinto, que dan su particular autenticidad al exotismo. Comparad los oropeles de Loti (15) y la verdad de Gauguin, Henri Amer señala en éste: "El prodigioso esfuerzo de un hombre en ruptura con su civilización, a fin de formarse un estilo apto para representar esas grandes criaturas bañadas de sol y de noche, para sugerir sus fervores confusos y sus terrores alucinados. Un ejemplo de estilo al servicio de una singular simpatía..." (16). En nuestros días se emplearía el concepto de empatía que expresa muy bien ese estado de intuición de otras maneras de ser (17). El exotismo es entonces sentido de la correspondencia, más tarde se dirá: de las estructuras.

Corresponde en moral, según Henri Amer, a quien seguimos de buen grado, a ese partidismo nietzschiano de la felicidad que hace campo raso de todos los reglamentos artificiales. En este sentido no es asombroso que el exotismo constituya en nuestros días (siempre con su trasfondo de mala fe) una de las dimensiones prácticas de la reivindicación que hace objeciones. Vivir lo distinto y al otro es -en tiempos de una epojé, de una suspensión del vivir- poner radicalmente en cuestión nuestro aquí y nuestro

grupo. De ahí el poderoso atractivo que ejerce Gauguin sobre la juventud actual. Tahití está en nosotros y no ya en ese islote desfigurado que nos "pertenece" y del cual, justamente, hemos transformado el ser en tener, como mucho antes lo previó Diderot en el Suplemento al viaje de Bougainville. El exotismo, y aquí tendríamos un tema nietzschiano, aparece como la convalecencia de un enfermo que vuelve a la vida. El lugar donde el otro se revela es el de una resurrección.

En Túnez, Duvignaud (18) vuelve a percibir el estremecimiento de una invisible y silenciosa espera de los pueblos. El terreno, el lugar de la investigación etnológica, es un poco un paraíso perdido y al mismo tiempo es la princesa lejana. L'amor de luenh, cantado por Jauffre Rudel, la ciudad prohibida. En todos nosotros existen estas Samarkandas, estos Tombuctú jamás cerrados, vírgenes salvajes, sombras de nuestro cine y duro núcleo de nuestra inconfesada mitología, de la cual rinde cuenta el Macchu Pichu de Neruda (19), por ejemplo. En este sentido, cada uno de nosotros es "capaz" de un Marco Polo o de un René Callié, incluso si nuestro Catay es simplemente esa aldea bajo los filaos donde nos espera, siempre en el horizonte, el espejismo de una romántica di-cha, la de no estar aquí, sino allá.

Segalen define el exotismo como la estética de lo distinto. Lo que es diferente para nosotros es percibido como bello. De inmediato, entre nuestras manos, esa belleza se hace realidad, realización de algo imaginario anterior. Yo tenía deseos de ir a Irely, en país dogon. La partida es triste, el calor nos abruma, los compañeros son gruñones, desagradables, discuten acerca del dinero que debe darse al guís. Imagen española. Pero de pronto, a través de una grieta del acantilado, los techos aocres de los graneros, las casas trogloditas, nos descubren lo que no esperábamos ver nunca. La luz irrada interiormente sobre la más hermosa aldea del mundo, donde el pensamiento de los campesinos constructores de devela en ese tipo de evidencia antropológica que es la revelación largamente buscada. Decepción, y luego recomposición de la realidad por el recuerdo, son los dos -y únicos-

momentos del exotismo. Ellos justifican la partida ulisiana del antropólogo.

Segalen escribe a Debussy: "En el fondo, no es ni Europa ni China lo que vine a buscar aquí, sino una visión de China. Ahora la tengo y la muerdo con todos los dientes".

Se ve claro cómo este "punto de vista" refleja la filosofía de la visión que había invadido nuestro mundo accidental, idealista, desde luego, pero se ve bien que detrás de esa determinación filosófica de ver hay, mal develado aún, un proyecto práctico. Cuando pase el momento del "punto de vista", el viajero retornará a una experiencia práctica. El exotismo es una praxis ambigua que la teoría y la práctica antropológica van a reorientar radicalmente, por la presión del grupo que se estudia, que deja de ser un objeto y un punto de vista sobre el mismo, para convertirse en un sujeto de una reinterpretación puesta en marcha por la comunicación recíproca.

Sin embargo, el antropólogo debe admitir su idealismo espontáneo, contemplar su pintura, intensificar su visión para ponerla a prueba con la experiencia que le transmitirá el otro. La lectura de "Tristes Trópicos" nos convence de que el sentimiento de extrañeza etnológico pasa por un momento de repliegue sobre sí mismo, de meditación sobre sí mismo, bajo el mandato de la palabra y del otro, que se convierten en lección magistral. Sagalen nos hace oír en Estela unas palabras chinas que no han dejado de resonar:

"lo inmutable no habita en vuestros muros, sino en vosotros, hombres lentos, hombres continuos"

y que son como un eco -una correspondencia- de las de Spinoza: Sentimus, experimurque, nos aeternos esse. (20). Tal es ese nietzscheano amor de lo lejano que hace siempre del etnólogo un panteísta espontáneo. Y se piensa, con Henri Amer, en este asombroso texto de Alfred Jarry: "Lógicamente, la búsqueda de lo

más remoto en los mundos exóticos o abolidos conduce a lo absoluto." Interpretada poética o filosóficamente dicha fórmula es la esencia misma de la experiencia antropológica. Tal trayectoria es la única posible para el viajero que sólo tiene sus manos, sus pies y sus ojos, y que le pide al otro el agua viva e incluso el cielo estrellado hasta el infinito.

Hay tantos países a los cuales no iremos jamás. Y desde la infancia, tantos países hermosos a los que no se llega. (21) Y de pronto, hay (da-sein) los países que se ponen a vivir porque uno está en ellos sin haberlo pensado. Quizá sea éste el fundamento exótico de la antropología regional. Y hay también los países de los que no se vuelve. Desarraigo mortal. Gauguin muere en las islas Marquesas. (22).

Otros en cambio han elegido no moverse de aquí y escribir su Diario. (23) Estar en Lyon con Charles Juliet es morir en algún austero Labrador. Porque el exotismo es morir para sí mismo, aunque sea mirándose vivir.

Gauguin (24) se vió morir y vió morir a los maoríes. Captó de entrada lo que se iba y lo que permanece de aculturación maorí. Allí recupera relatos tan deslumbrantes como los de la Cosmogonía de Hesíodo o del Mahabharata indio. Y Charles Morice describe muy bien "el ligero arabesco que va de los primeros asombros a la comprensión y que comporta un estado espiritual de fervor dócil y lúcido (...) He aquí el verdadero Thaití, es decir, fielmente imaginado". Ahí tenemos al pintor-poeta (que para nosotros será: el antropólogo) que logra triunfar en su empresa ascética "al precio solamente de una total familiaridad con el objeto de su obra...".

Escepticismo respecto a Europa y a su falsa cultura, que no todos han podido superar. "Este otro tan harto de la decadencia occidental, se ha apasionado por las grandes floraciones vegetales y humanas de allá; sintió respeto por los antiguos esplendores, piedad por la agonía presente". El universo del juego se abre a

él, tan importante para descubrir otra cosa que nuestro europeo rentabilizado. Esa dimensión lúdica, tan bien destacada por Hui-zinga (25) toma el relevo de la decadencia reivindicada en la misma época -y en un sentido saludable por... decadentes y simbolistas. (26) Y el juego, el gran juego del amor; la princesa Vahine penetra en la habitación de Gauguin: "Ia orana Gauguin". Esa frase resuena como la clave de la comunicación. "Yo te saludo", igual que en el cuadro Buenos Días, señor Courbet, que es en sí mismo el nudo de la comunicación entre el artista y su pueblo. El pueblo de Tahití es el pueblo de Gauguin, la etnia recobrada, la patria perdida-recobrada (Fort/Dal dice Freud) del antropólogo.

Así el primer resultado de un exotismo autenticado es la fraternidad. Otros testimonios se ofrecen a nosotros. Está el de Gauguin descubriendo la diversidad de la belleza sabiendo que Vahine no puede tener las características de la Venus de Milo:

"Ella no era muy linda según nuestras reglas estéticas.
Era bella." (27).

Gauguin, para quien cada encuentro es una Visitación. Y Gauguin a quien se va a visitar. Gauguin cuya timidez, que ni siquiera se atreve a tomar lo que se le ofrece, revela su amor por los seres. Igual que ese adolescente del film de Mulligan "Verano del 42", para quien amar es estar ahí, solamente, en su total derilicción, un abandonado. El ganó, al fin, ¡pero a qué precio!. Treinta años después de Noa-Noa, Henri Michaux recorre el Asia en busca de sí mismo (28). El Asia, dirá él mucho más tarde, movimiento sordo y secreto en mí, largo y violento entre los pueblos del mundo. "Doble movimiento". El hombre lleva en él el continente que ha visitado, pero los hombres visitados renuevan el movimiento de todos esos pueblos. Y lo que Gauguin decía con la pintura, Michaux lo pinta ahora encontrando la palabra justa, entrecruzamiento exótico donde las palabras toman el relevo del color. La palabra justa es entonces aquella que despliega el mundo al cabo de cada línea.

Creo que todo antropólogo escritor debería tener ese sabor de si-
miente al fin de la línea escrita. Una observación crispada, un
paroxismo del lenguaje nos restituyen las multitudes esculpidas
en la eternidad del texto:

Están inmóviles, petrificados; no puede practicarse allí esa con-
trariedad, más irritante que ninguna: la respiración del alma
(29).

Reconocemos enseguida a los hindúes practicando su accésit. El
mismo hombre que sacude las palabras y las interpretaciones esta-
blece con justeza las distancias para la objetividad, rompe las
barreras del etnocentrismo para hacernos penetrar en lo más cál-
ido de la cultura, en ese centro de donde emanan los gestos y las
actitudes (Marcel Mauss dice: "¡las técnicas del cuerpo, las pos-
turas!"). Por ejemplo: "La respiración controlada con un fin má-
gico puede ser considerada como el ejercicio nacional hindú"
(30). Por este pasaje vemos que el libro de un poeta podría ser
también un libro de antropología.

Por consiguiente yo le propongo a nuestro futuro antropólogo fa-
miliarizarse largamente con las obras de los grandes escritores
que han reflexionado sobre el mundo que se abría ante ellos.
Asombra siempre ver la penetración oculta tras el estilo, la com-
prensión disfrazada de palabras humorísticas (maneras de hombre
sencillo y que nos liberan de muchas pesadas tesis) y yo no des-
cuidaría tan fácilmente obras populares tales como "Los silencios
del Coronel Bramble". Cualquier escritor que, sin ser un genio,
encuentra con su propia escritura un grupo humano, puede sernos
útil. Basta con saber devorar con curiosidad, con sentirse a sí
mismo desarraigado. La obra escrita intenta restituir un mundo en
trazos fugitivos.

El filme, más próximo a la búsqueda científica (v. El río de Jean
Renoir) es un universo restituído. El filme de Louis Malle, "Cal-
cuta", asombroso testimonio, nos ofrece, más allá de una ciudad
entera, una sociedad global. Un poeta que siente las cosas las

dirá, más o menos, en Bengala. Henri Michaux anota: "Allá se circulaba en lo opaco" (subrayado en el texto). Y como un poeta no escucha solamente sus propias palabras, les aconsejo a cada uno que alcancen también las literaturas populares, ésas cuyos textos enseñan mitos y leyendas.

Así yo he vivido Austria a través del libro maestro de Heimito Von Doderer (31) y siempre quería ir allí, estar en los lugares mencionados en el relato, donde se encontraba, inacabado en la lectura, el destino cultural de Burgenland o del Tirol. Después el libro se abre como un abismo histórico sobre las orillas del lago Neusidl, desde donde yo contemplaba la costa de Hungría, donde era necesario que fuera en otra oportunidad... Se llega a una ciudad con esa especie de camaradería en la que juegan con uno imaginarios compañeros. Poco a poco se llega así a un íntimo comercio con personajes que, a menudo, la calle real o el café, lugar de espera y mirador etnológico, ofrecen a sus fieles. La ciudad reflejo de un texto.

Henos aquí muy lejos de los métodos clásicos. Sin embargo, la frecuentación de los textos es indispensable, repitémoslo; es en el curso de nuestras lecturas que descubrimos las formas, la estructura de una cultura y de un pueblo. Así, leyendo el Ramayana, Henri Michaux percibe ese lazo de contradicción entre lo canalesco, de los dioses del Panteón hindú y la elevación espiritual del lector hindú que encuentra en sí mismo la fuerza de no rebelarse contra esa divinidad crápula.

La poesía alcanza en unas líneas esas intuiciones profundas de un grupo humano. ¿Por qué el antropólogo podría temerle? Y si tiene miedo de encontrar demasiadas sonrisas y encantamientos, entonces le proponemos recurrir a viajeros menos amenos. Por ejemplo, a un libro donde no existe la menor sonrisa, el Boroboudour, (32) por "Insulandia" (en Indonesia). Obra capital para comprender esta parte del mundo en movimiento. Libro claro y desencantado, que no hace sonar la campana del exotismo para entrar en la información: la mirada fría de Vailland anuncia la mirada astronómica y

estructuralista. De pronto el hielo se funde por unos instantes: Vailland describe "los amores" de la orquídea. Informado, informante, Roger Vailland encuentra en el extranjero su pasión. (33) Es su "debilidad", como la de Michel Leiris en Africa. La antropología no se aviene a un viaje de mala voluntad. Su existencia exige que no se parta con un solo pie. Más vale quedarse. Si usted está repartido cojeará a lo largo de todo el viaje. Conozco a uno que se rompió la pierna al desembarcar.

Este es el motivo por el cual recomiendo de nuevo la experiencia de Georges Condominas, (34) nacido en Indochina, euroasiano. Condominas señala la extraordinaria importancia de su mestizaje para su estudio. Se hace etnólogo para asegurar su condición, que es encuentro y lucha de muchas culturas: francesa, vietnamita, portuguesa. Lo que en otros es desarraigo en él es resurgimiento. Se siente tan ligado a ese pueblo que tomará posición, defendiendo a gentes de las cuales no se sentía responsable antes, contra aquellos que los explotan. Lo exótico está aquí abolido. El fracaso de una antropología del desarraigo es, con Condominas, la victoria de una antropología comprometida.

Ahora terminaré de buena gana estas reflexiones sobre lo exótico recomendando a todo lector no snob la meditación de una de las obras más poderosas que la literatura pueda proponernos, una obra de Antonin Artaud, demasiado de moda hoy en día, "Los tarahumaras, (35) el texto liminar de la cual, El rito del peyotl entre los tarahumaras, nos arrastra, más allá de la propia "locura" de Artaud, a una travesía que trasciende las apariencias y en la que captamos el espíritu de todo un grupo humano.

Ese México profundo que libera a Artaud de una inconmensurable miseria, que se tornó aún más profunda en la miseria del asilo -el texto data de los años de Rodez- reparte con nosotros más allá de la exótico, más allá de lo cotidiano, el más amargo de los panes, más amargo que el pan de las lágrimas, más que el de una piedad divina. Artaud nos lanza a ese país del que sólo se vuelve ebrio hasta la muerte.

NOTAS

- 1) R. Leenhardt, Do Kamo, la personne et le mythe dans le monde mélanésien, Gallimard, París.
- 2) Victor Segalen, Stèles. Peintures. Equipée, Culb des Libraires; René Leys, Gallimard, París.
- 3) Véase también Oviri, Gallimard, París, 1974
- 4) El libro de Frazer, Sur les traces de Pausanias, Les Belles Lettres, París, es un modelo del género.
- 5) Calmann-Lévy, París.
- 6) Véase Porier y otros autores, Ethnologie Générale, Gallimard, París. Este libro será poco citado por nosotros porque lo hemos utilizado constantemente sobre el terreno sin tomar notas, pero le debemos mucho.
- 7) Véase Ferrari y J.C. Thoret, Atiekwa, publicación del Instituto de Etno-Sociología de Abidjan.
- 8) Véase Emmanuel Terray, L'organisation sociale des Dida de Cote-d'Ivoire, publicaciones de la Universidad de Abidjan, 1970.
- 9) Colec. "Terre Humaine", Plon, París.
- 10) Condominas, op. cit.
- 11) Ibid.
- 12) Ibid.
- 13) Ibid.
- 14) Ibid., Cap. XXVI.
- 15) Véase Azyade, El casamiento de Loti, Ramancho, etc. Obras T.I., Planeta, Barcelona.
- 16) Prefacio a Les Immémorieux de Segalen.
- 17) Véase los trabajos lingüísticos de Howard Nostrand (Universidad del Estado de Washington, Seattle) sobre la empatía, comprensión.
- 18) Indispensable leer Chebika, Gallimard, París.
- 19) Pablo Neruda, las alturas de Macchu Pichu, losada, Buenos Aires.

- 20) "Sentimos y experimentamos que no somos eternos".
- 21) André Dhotel, Le pays où l'on n'arrive jamais, Livre de Poche, París.
- 22) Jean Reverzy, A la recherche d'un miroir, Textes, articles nouvelles, Juillard, París, 1961.
- 23) Para una experiencia del desarraigo total, que al mismo tiempo es una asunción de sí mismo, léase Pages de journal. Lettres nouvelles, de Charles Julie.
- 24) Charles Maurice y Paul Gauguin, Noa-Noa, Fabril, Buenos Aires
- 25) Huizinga, Homo Ludens, Emecé, Buenos Aires.
- 26) Les délisquescences d'Adoré Floupette y otras obras de la misma época.
- 27) Noa-Noa.
- 28) Henri Michaux, Un bárbaro en Asia, Sur, Buenos Aires.
- 29) Op. cit.
- 30) Op. cit.
- 31) Heimito Von Doderer, Les démons, Gallimard.
- 32) Roger Vailland, Oeuvres, E. Rencontre, T. IV, París.
- 33) Roger Vailland, Écrits intimes, Gallimard, París.
- 34) Véase Nous avons mangé la forêt y L'exotisme est quotidien.
- 35) L'arbalète, Décines, Isère, Marc Barbezat, 1963.